

Discurso del Profesor don Napoleón Quesada Salazar

Señores académicos:

Me habéis distinguido con una honra altísima: la de hacerme compañero vuestro en las labores académicas. Tal honra se patentiza en esta recepción que perdurará deleitosamente en mi memoria. Justo es que os manifieste mi gratitud.

No me mueve a expresároslo mera cortesía, sino imperioso mandato de mi alma que reconoce y admira vuestra bondad y mide mi cortísimo merecimiento.

Siento acrecentarse mi deuda de gratitud al considerar que me proporcionáis ocasión para hablar de uno de los hombres a quienes mayor cariño he profesado en toda mi vida por la leal y bondadosa amistad de que constantemente me dio pruebas, por el consejo discretísimo con que me asistió muchas veces y por no pocos favores que con excelente voluntad me otorgó, y que yo reconozco y declaro con verdadero regocijo, porque bien sé que no fueron piadosa limosna, sino expresión de sincero afecto para mí, afecto de que sólo tuí merecedor por la cabal correspondencia que tuvo y tiene en mi corazón.

También debo reconocer que me brindáis oportunidad para hacer el elogio de aquel hombre en sus aspectos de poeta, de escritor, de pedagogo y de polemista; de varón ilustre, enamorado de la belleza pura, enaltecedor de las letras patrias, pues en la historia del arte costarricense su nombre será siempre uno de los más gloriosos, y sus composiciones de las que resplandezcan con más legítima belleza.

Pero no por modestia, sino por verdadera convicción, por consciente aquilatamiento de mis fuerzas, veo que la gratitud suscitada por este último motivo se limita o se amengua al considerar tan torpe mi dicción, tan deslucidas mis frases, tan escasas mis facultades de crítico, para realizar cumplidamente este anhelo de mi alma: hacer el merecido elogio de don Justo A. Facio, a quien me corresponde—bien sé que indignamente—reemplazar en esta Academia.

La biografía de don Justo A. Facio está escrita por mano que, obediente al corazón, pone en esta obra exquisita ternura y cálida admiración para el poeta, el escritor, el educador, y para el hombre: había yo solicitado de la señora viuda de Facio algunos datos para escribirla o esbozarla rápidamente, ya que para mí el artista vive en sus obras, y esta vida luminosa y perenne, trascendental y modeladora, es la que nos interesa verdaderamente, y no la otra, la de vicisitudes y andanzas en este mundo, la cual puede quedar en el olvido. Sin embargo, no desconozco el deleite con que leemos las páginas relativas

a los hombres inmortalizados como artistas, sobre todo, cuando los pasajes anecdóticos de sus vidas se relacionan con las creaciones bellas a que deben la inmortalidad. Conocemos, así, qué circunstancias de la vida real fueron génesis de casi todas las creaciones de Goethe, y nos explicamos y aplaudimos los afanes, los desvelos, las pacientes búsquedas con que los eruditos investigan la vida pretérita en archivos, bibliotecas, piedras y monumentos, para esclarecer las peregrinaciones, correrías, aventuras, amistades y frecuentaciones de Cervantes, y llegar, de este modo, a identificar las figuras creadas por aquella fertilísima y genial imaginación con las que en realidad se animaron en el tiempo en que se compuso la maravillosa obra de nuestra literatura novelesca.

Recibí de manos de la cultísima dama, no las noticias que yo solicitaba, sino la biografía completa, escrita con amor y entusiasmo, como homenaje para el desaparecido, como muestra de fervoroso culto para él. Comprendo que esta dama admirable que, a ser posible, habría vuelto realidad la conmovedora leyenda de Alcestes y Admeto, ha interrumpido sus lágrimas para escribir la vida del esposo, como si ello fuera colmar de caricias al ser querido, evocar con amoroso acento la sombra adorada, rendir culto al hombre superior que la llamó su compañera.

Ah! Si el espíritu del poeta ha asistido, invisible e impalpable, a las vigilias en que la esposa, en cascadas de frases manadas de la fuente del corazón, relata los trabajos, las empresas, los triunfos, las agitaciones y las luchas del esposo desaparecido, con qué regocijo, con qué fruición habrá depositado en la casta frente de la compañera el silencioso, el suavísimo beso de amor y reconocimiento!

Nada sería más fácil para mí que trasladar a estas hojas lo escrito por la señora de Facio. Mi trabajo resultaría así avalorado, embellecido, teñido con el oro y el rosa de las frases de femenina delicadeza que hay en el de la inteligente dama. Pero esto no sería razonable: valdría tanto como servirme de la labor ajena para realzar o para salvar la mía.

Extractaré, pues, la composición biográfica escrita por la señora de Facio, tomaré de ella lo que me parezca fundamental para apreciar la vida del esposo, eminente servidor de nuestra patria.

Fue Santiago de Veragua el lugar de su nacimiento; el día, el 17 de agosto de 1859. Ascendencia: española e italiana: de Valladolid fue oriunda la abuela materna; de Génova, el abuelo paterno. Quizás a la sangre heredada de estas dos fuentes debió sus cualidades dominantes: la recia contextura de luchador y la inclinación y la aptitud artísticas.

Sólo contaba año y medio de existencia cuando sus padres, don Justo Facio y doña Natividad de la Guardia, vinieron a vivir a Costa Rica. Desde entonces hasta su muerte, salvo accidentales y cortas ausencias, habitó en nuestra patria. Fue, pues, costarricense por el medio en que se formaron su mente y su corazón, por el espectáculo ambiente que impresionó sus sentidos, multiplicó sus ideas y despertó sus afectos, por las relaciones que cultivó desde su niñez, por las palabras y expresiones familiares, por la modalidad de su pensar y su sentir; y

para que la ley, en consonancia con la naturaleza, le acreditara su condición de ciudadano costarricense, abrazó de todo corazón esta nacionalidad por declaración expresa que hizo al cumplir los veintiún años. Costa Rica fue su patria natural y su patria electiva. Hubiera derramado su sangre por ella; a tal estaba dispuesto cuando se alistó en el ejército costarricense que en 1885 marchó a salvar nuestra soberanía, amenazada por la violenta y altanera declaración de guerra de Justo Rufino Barrios, seguida de la movilización del ejército que avanzó sobre El Salvador hasta los campos de Chalchuapa en donde aquel audaz mandatario encontró la muerte.

Los primeros años de don Justo A. Fácio transcurrieron en Puntarenas. El niño sintió la influencia del medio que oxigenaba y yodaba sus pulmones y su sangre y a un tiempo mismo ponía en su alma la conjunción de cielo y mar, "lo inmenso y lo distante", el vasto azul, sugeridor de grandezas y de ensueños, generador constante, opulento de poesía, poesía él mismo.

En Puntarenas comienza el joven Fácio sus estudios: asiste allí a la escuela primaria; los continúa en San José y en Heredia. Cuenta entre sus profesores a don Francisco Picado quien le aprecia y le estimula en la vía de la cultura; el discípulo, agradecido, guarda con veneración, hasta la muerte, al través de larga serie de años, un libro de versos, regalo del maestro, con dedicatoria en extremo cariñosa y elogiadora. También figuran entre sus profesores don Pedro Ulloa Mata quien le disciplina en el estudio de las matemáticas, y Mr. Dee quien le enseña el inglés con tan buen éxito, que el alumno pronto llega a seguir solo el estudio de esta lengua hasta dominarla casi como la propia; así se capacita para conocer más tarde, con verdadero señorío, las obras maestras de la literatura inglesa. Cuando el joven Fácio marchó a trabajar, muy rudamente, por cierto, en la construcción del ferrocarril al Atlántico, en una zona en extremo malsana, sólo llevaba, con las cosas de su ajuar personal, una Biblia, un Quijote y un Diccionario inglés.

En Heredia, en el Colegio de San Agustín, no sólo hace algunos estudios de su gusto e interés; sirve gratuitamente la Secretaría de la Institución.

El estudio del latín y del francés le facilitan el seguir ampliando e intensando con éxito excelente su cultura científica y literaria. Para adquirir el caudal electivo de ciencia y arte que él ansiaba, y en armonía con las estrecheces y necesidades de su vida, el joven Fácio se nos presenta como el tipo perfecto del autodidacto.

Le interesan sobremanera los estudios pedagógicos, y a ellos se consagra con tenacidad; a ellos dedica, en cierto período de su vida, casi todas las horas del día; prolonga sus vigiliat hasta altas horas de la noche, con el libro delante, en fructuoso estudio de autores, teorías y doctrinas de educación. Así llega a poseer admirable erudición pedagógica; llega a ser, quizás, el costarricense que dispone de la más vasta cultura didascálica.

No estudia sólo por mera afición, por noble anhelo de saber. Encuentra campo propicio para aplicar sus conocimientos, para convertir

su mente en faro poderoso que alumbró el campo de la pedagogía nacional, y guía y esclarece a cuantos trabajan en ese campo.

Sirve con cabal suficiencia, con innegable lucimiento, importantes cargos oficiales de enseñanza; sabe dar prestigio y esplendor al puesto que ocupa; hace sentir benéficamente su dinamismo; sus iniciativas son siempre poderosas, sus creaciones, fecundas y bellas; derrama entusiasmo, sostiene la fe, levanta el ánimo de profesores y maestros.

Es simple maestro en Heredia; luego, Inspector Escolar en la misma provincia; más tarde se hace cargo de la Subsecretaría de Educación Pública; desempeña las cátedras de Castellano y Literatura en el Liceo de Costa Rica; dirige la Escuela de Aplicación anexa a este colegio; sirve en dos lapsos la Inspección de Segunda Enseñanza; pasa a Panamá por llamamiento del Gobierno de esta nación, y allí organiza y dirige el Instituto Nacional; ocupa, de regreso a su patria, la Jefatura de Enseñanza Primaria; pasa luego a servir la Dirección del Liceo de Costa Rica; desempeña la Presidencia de la Junta de Educación de San José; vuelve a hacerse cargo de las cátedras de Castellano y Literatura del Liceo y tiene igual función en el Colegio Superior de Señoritas; en 1929 es nombrado Director de la Escuela Normal, y con una honradez y sinceridad que le hacen alto honor, rehusa servir el cargo que hubiera sido tan de su gusto y tan adecuado a sus capacidades, por motivos de delicadeza profesional. Finalmente, en 1931 llega, cargado de méritos, al puesto supremo de nuestra enseñanza oficial: es Secretario de Educación Pública.

Con entusiasmo de joven, creyendo que a las fuerzas de la mente y a la grandeza del amor por la noble actividad que se le confiara, correspondían las fuerzas corporales, no se dio punto de reposo en las difíciles tareas de reorganizar, vigilar y dirigir nuestras instituciones docentes, ni se dio cuenta cabal, en medio de sus prolijos y absorbentes trabajos, de que agotaba su organismo: la muerte vino a poner término, el 26 de diciembre del mismo año, a su constante y luminosa actividad y a su anhelo e ideal: llevar la educación en la patria al más alto grado de eficacia mejoradora.

En otras importantes funciones públicas que desempeñó—la Secretaría particular de la Presidencia de la República, la Gobernación de la provincia de San José,—también desplegó el señor Facio sus poderosas fuerzas para levantar la cultura nacional, influyó en bien de las escuelas y colegios, aconsejó en pro de estas instituciones, protegió a los servidores de la educación, intervino discretamente en todo lo que significaba prosperidad de las fundaciones pedagógicas.

No puede olvidarse aquí su actuación, también fecunda en frutos de cultura, como organizador del Ateneo de Costa Rica, del que fue alma y sostén, Presidente de la Cruz Roja de la Juventud, Miembro del Patronato Nacional de la Infancia, fundador de la Sociedad de la Escuela Maternal y Miembro de las Colonias Escolares Permanentes.

Don Justo A. Facio escribió en verso y en prosa. Lo íntimo, lo que fue glorioso o fue doliente en su vida interior, lo que fue bastante para mover esa vida, lo que interesó hondamente su corazón, buscó y encontró adecuada forma sensible en el verso, para llegar a vivir en el mundo externo y tener virtud para interesar a otras almas y hacer sentir a otros corazones. La música interior reclamó siempre su exteriorización en la música de las palabras acordadas conforme a medida, proporción y ritmo. Lo delicado y sutil que se percibe internamente con el atributo de armonioso y divino, pide la vestidura del verso. Lo que nació canción en el alma del poeta debe ser canción para el mundo, y la canción requiere medida, ritmo y aun rima, a veces, lo que constituye el verso.

Las luchas libradas por el señor Facio en pro de ideas, opiniones, doctrinas e ideales humanos, atañedores no tanto a la vida individual, como a la social o colectiva, tuvieron su vestidura en el lenguaje de la prosa, prosa armoniosa y tersa, siempre bella. La poderosa voz del combate doctrinario, la expresión de la verdad científica o de lo que tenemos por verdad digna de triunfar y de imponerse a las multitudes, reclama el ritmo más amplio y libre de la prosa, sin la sujeción que señalan las barreras de la medida y del acento. No se vulgarizan ciencias ni conocimientos útiles en verso, a no ser en sociedades primitivas, en los albores de la civilización, antes de inventarse la escritura, como recurso mnemotécnico para la conservación y perennidad de sentencias, reglas y preceptos.

Bien sé que el término verso no es sinónimo perfecto de poesía, y que no todo lo que está escrito en prosa es prosaico; la poesía reside esencialmente en las imágenes y en la armonía de las palabras combinadas, y puede haber prosa muy armoniosa y rica en imágenes bellas y adecuadas; y por la torpeza o por la ignorancia del versificador, puede haber y hay, por desgracia abundantemente, versos duros o expresivos de naderías, vulgaridades, extravagancias y delirios. Pero por lo regular el verdadero poeta siente la necesidad de medir, dar ritmo y aun rimar las palabras que combina para cumplir dignamente la obra de verter las ideas que al pasar por su mente, se convirtieron al instante en imágenes. Alfonso X escribe o manda escribir en prosa cuanto cree necesario fijar así para posesión útil del mundo; la cultura de su tiempo halla vida perpetua en los monumentos de prosa castellana debidos a la gloriosa actividad del Rey Sabio. Pero cuando Alfonso quiere exteriorizar lo que ha interesado hondamente su corazón más que su inteligencia, lo que despierta en su alma el amor y la reverencia de un culto, cree necesario emplear el verso, y para ello busca la lengua musical, sutil y delicada, trabajada y apta ya para la forma artística, rica y flexible, cualidades que aun no halla en la castellana, y así se sirve de la lengua gallega y quizás, alguna o algunas veces, de la provenzal.

Bien conocido es el reparo que Clarín hacía a la obra que Boris de Tannenbergh escribió acerca de los literatos contemporáneos españoles: su división fundamental en poetas y prosistas, que le obligaba a presentar ante el público extranjero a Menéndez Pelayo y a Valera

como poetas menores, siendo así que, según el sentir de Leopoldo Alas, en cuanto a Menéndez Pelayo había que decir, desde luego, que era el sucesor del Escorial en punto de maravillas, y en cuanto a don Juan Valera, como autor de "Pepita Jiménez", de "Asclepigenia" y de algunos capítulos de "Las Ilusiones del doctor Faustino", había que afirmar que era tan poeta como el más pintado.

Y esta es la verdad: la prosa de muchos escritores es más acreedora a la denominación de poesía, que las estrofas y estancias de otros que se han fatigado acomodando a la medida y al ritmo las palabras, y buscando y persiguiendo con afán consonantes y asonantes. ¿Quién no se siente poseído de la emoción más viva, al leer o escuchar la divina lírica, la altísima poesía que campea en *Sotileza*, hacia las últimas páginas, en que el gran paisajista cantábrico interpreta maestramente la furia de la galerna y la desesperada lucha de las barcas pescadoras con las olas y con el viento? Bien resiste la prosa del Maestro santanderino la comparación con las estrofas llenas de solemne y arrebatada música que compuso el gran Núñez de Arce con el mismo asunto, en uno de sus más celebrados poemas: "La Pesca".

Y en la América Española, con más espectáculos y más motivos, ¿no hay prosistas ante los cuales el alma se inclina para saludarles como altísimos poetas? ¿No es poesía, y de la grande, de la legítima, digna de llamarse dantesca, la que nos suspende y nos aterroriza estéticamente en muchas páginas de *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera?

Pero esta prosa poética, si no brota espontánea, lo que es difícil, sin que se descubra el esfuerzo tenaz por obtener la construcción del período rotundo y numeroso, exige tanto gusto, estudio, tiempo y morosa labor, como el verso variamente artificioso por la medida, la proporción, los acentos y la rima. Llega a constituir un enfermizo tormento para el autor cuando se convierte en obsesión el pulirla como el escultor pule la estatua impecable o la lámina lisa, tersa y brillante. A este propósito ¿qué mente no recuerda la prosa marmórea de Flaubert?

Don Justo A. Facio sintió la necesidad del verso cada vez que le asistió la inspiración, cuando le visitó la Musa, su Deidad; y se sirvió de la prosa siempre que tuvo que exponer doctrinas, teorías, opiniones; siempre que tuvo que combatir, paladín lleno de fuerza y ardimiento, para defender las causas que le parecieron nobles, para sostener la verdad o lo que él consideró verdad, pues hay que recordar lo relativo de toda afirmación o negación humana.

Pero se armonizan y hermanan la prosa y el verso del señor Facio en la corrección, en el biendecir que le da el conocimiento perfecto de la lengua, adquirido en el estudio diario de los escritores que pueden llamarse maestros del idioma y del estilo, y en el estudio de las leyes que rigen en el organismo de ese idioma. Y se acuerdan y corresponden también en la armonía de las cláusulas, en el perfecto equilibrio o proporción de las partes del período: si no hay deficiencias rítmicas en las estrofas del poeta, tampoco hay nunca decaimiento en el brío y rotundidad de las frases del prosista.

Pero estaríamos lejos de la verdad si supusiéramos que la prosa de este escritor, de una admirable elegancia natural, haya sido trabajada nimiamente, con designios de purista, con meditada, implacable persecución de todo vocablo que no aparece en el léxico oficial o giro no sancionado por los textos de gramática consagrados como clásicos.

Aceptaba el neologismo y no menospreciaba el arcaísmo siempre que los juzgaba necesarios o útiles para conseguir la armoniosa variedad de dicciones o para la exactitud del concepto o la brevedad de la expresión. Tuvo en esto el mejor criterio: siempre que el vocablo nuevo se ajustaba a las leyes de la flexión o de la composición castellana, encontró acogida en el léxico del poeta y del prosista. Así, hallamos en sus escritos términos que no están en el diccionario oficial de nuestra lengua, usados con el acierto y la elegancia que da la cabal posesión de la índole y de las leyes del idioma. En más amplio medio habría figurado entre los escritores hispanoamericanos que han contribuido al enriquecimiento de la lengua castellana, creando o resucitando palabras dentro de una libertad verdaderamente republicana o democrática; pero siempre guardando la fe del idioma, la lealtad a su índole, el respeto de sus leyes. Rubén Darío admira por su opulento léxico que parece que tuviera un afán renovador del empobrecido vocabulario de los nimios y meticulosos seudoclásicos como Moratín. José Enrique Rodó inventa términos o modifica los académicos en pro de la armonía o de la exactitud; a veces una transformación fonética trasciende a la semántica dando cierto matiz delicado y sutil a la idea expresada por el vocablo modificado.

Recuerdo la excelente impresión que me hizo el término *paradisial* empleado por Rodó, la primera vez que lo leí en *Ariel*; me pareció declarador de una idea más delicada, más beatífica que el académico *paradisíaco*. Años más tarde la fría lógica me inclinaba a oponer a tal término el reparo de que resulta formado con un sufijo, *ial*, que no existe en nuestra lengua para derivar adjetivos de sustantivos; pero el vocablo *paradisal* no sería, a mi ver, tan eufónico como *paradisial*.

Por breve y enérgica el señor Facio usa con bastante frecuencia la voz *otrora* para evitar una expresión más larga y menos viva: *en otro tiempo, en otra época*, o los prosaicos *antes, entonces*. Otras veces recurre al latín y traslada o ajusta a la nuestra el vocablo de la lengua madre. Recuerdo a este propósito la voz *exultante*, que no tiene lugar en el diccionario académico, a pesar de que sí aparece en él *exultación*.

Los americanos han hecho un positivo bien al idioma español al querer acrecer su caudal léxico. Con ello no lo rebajan, ni amenguan su belleza, ni violentan su genio, ni desfiguran su sér. Podría haber millares de palabras nuevas procedentes del latín, del griego, del azteca, del quiché o de otros cualesquiera idiomas; mientras se conserve lo fundamental, lo que le es esencial y típico, lo que le es interno, es decir, la construcción, la sintaxis, nuestra lengua seguirá siendo una misma, inalterable en su genio, latina en su esencia y en su sér verdadero. Don Juan Valera, al hablar del carácter latino o ario de nuestro idioma, reconoce que en él hay crecida cantidad de vocablos de origen arábigo;

pero considera que aun siendo tantos, podrían ser muchos más y aquel carácter persistiría, mientras no declinara el latino de su sintaxis. Ya otro ilustre Juan del siglo XVI, el de Valdés, reconocía este mismo carácter de la lengua castellana, hasta el punto de creer que podríamos, al tratar del origen de nuestro idioma, desentendernos de las demás fuentes que contribuyeron a su formación, a pesar de ser tantas y tan importantes en la parte léxica. La Academia lo ha comprendido bien y ha acogido en las últimas ediciones de su Diccionario la mayor parte de los términos americanos que antes no figuraban en él. Ya hoy no tendría razón don Ricardo Palma para quejarse amargamente de la ilustre Corporación por el rechazo de las proposiciones que hizo en su memorable viaje a Madrid.

No obstante su corrección y riqueza, el lenguaje del señor Facio es perfectamente inteligible y es en extremo amable para los costarricenses regularmente instruidos; algunas de sus composiciones poéticas podrían llegar a ser extensamente populares, si nuestro pueblo gustara más de la poesía, se aficionara más a la lectura y sintiera el deleite de la recitación. Nuestro pueblo es poco accesible, por lo regular, al encanto de las obras literarias; el número de las personas que leen y en ello encuentran deleite, es muy escaso. Quizás un sentido práctico y utilitario exageradamente desarrollado en nuestras gentes, estorba el imperio de la poesía en los más de los corazones.

Pero por causas varias el castellano de que se sirven los costarricenses en sus relaciones diarias es notablemente correcto. Tal es mi sentir, aunque respeto mucho el juicio y el saber de quienes han expresado la opinión contraria. El muy inteligente, discreto y observador catedrático español, Dr. don Arturo Pérez Martín, que vino de su patria a dirigir el Liceo de Costa Rica, en disertación o palique amistoso, para mí sumamente ameno, me hacía la observación de que, por el lenguaje, se podría demostrar bien nuestra ascendencia andaluza, y aducía para probarlo numerosos ejemplos de formas, combinaciones y modalidades de nuestra expresión oral, que coinciden cabalmente con las del pueblo andaluz o de una sección de él; pero en nuestra habla están bastante atenuados los vicios de la pronunciación andaluza.

Quizá la escuela en Costa Rica ha alcanzado a derramar su acción bienhechora hasta en los últimos caseríos de la República. A esto debe agregarse la poca o ninguna influencia del indio en nuestra casta, notablemente hispana pura en esta sección de la América; y aun convendría añadir cierta parsimonia, cierta lentitud en el hablar y en el discurrir de los costarricenses, que permite la ordenación de las ideas y su externación más cuidadosa, refrenando o serenando los torrentes de palabras y frases que con tanta frecuencia brotan de los labios de otros hispanoamericanos y no permiten una articulación clara y correcta, antes bien, son propicios para la mutilación de los vocablos y el oscurecimiento de no pocos sonidos. Todo esto, creo yo, sirve de fundamento a otra observación, por cierto muy halagadora para nosotros, que en el amable palique a que me he referido me hacía el señor Pérez Martín.

En Costa Rica, me decía, se habla, en general, muy bien el castellano. Ustedes emplean un lenguaje muy claro, puro y armonioso; en pocas

regiones de la Península Ibérica se habla mejor. Es verdad que no pronuncian ustedes la *s* ni la *ll*; pero esto es general en los países hispano-americanos y es también defecto regional del castellano que se usa en varios lugares de España. En cuanto a la *v* sólo en Burgos, en personas muy cuidadosas de su lenguaje, la he advertido pronunciada con su sonido teórico, y me ha parecido afectación.

Yo creo—seguíá discurriendo mi estimado amigo—que si abandonaran ustedes el tratamiento familiar de *vos*, a veces mal acordado con las formas verbales o con las pronominales en la conjugación refleja, estaría el castellano de ustedes en primera línea por su propiedad y limpieza, entre las muchas variedades que este idioma tiene en los pueblos de habla hispánica. Molesta al que llega aquí, y viene de España, el *vos te venís*, *vos te equivocás*, etc., aun en boca de personas distinguidas por su posición social.

Juzgo que el doctor tenía razón. Si olvidamos o perdonamos la falta de concordancia que resulta de la unión del *te* singular con formas verbales de la segunda persona del plural sincopadas, la sintaxis castellana se halla poco maltratada en la manera de expresarse de los costarricenses.

Quizá la parte correspondiente a la Lexicología y a la Morfología es la que mayor trabajo habría de dar a quienes se propusieran mejorar el lenguaje de nuestro pueblo. El vocabulario nuestro es muy reducido: somos pobrísimos en medios de expresión; ignoramos el nombre verdadero de muchísimas de las cosas que nos rodean. De aquí que necesitamos dar a un mismo término, a veces caprichosamente formado, varias acepciones y convertirlo así en obligada muletilla para la expresión del pensamiento. No es raro que aun entre las personas que figuran en la mejor sociedad se oiga a cada paso el término *chunche*, que ha venido a ser una especie de prosustantivo para reemplazar todo nombre que ignoramos o que no acude pronto o espontáneamente a los labios. Comenzamos, tiempo hace, a llamar *conchos* a los campesinos, y hoy decimos *concho* al zafio, ignorante, inculto o grosero, aunque habite en la ciudad; y decimos *conchada* a toda acción torpe, desmañada o inoportuna. A veces hemos inventado términos que vienen a sustituir a otros que ya fueron de nuestro idioma y que han ido cayendo en desuso, lo que los ha convertido en arcaísmos, con lo que se prueba la necesidad de su restauración; pongo por caso el verbo *ajilar*, con que nuestro pueblo sustituye el antiguo de *adeliñar*. Oportuno me parece aquí recordar que nuestro estimadísimo escritor don Claudio González Rucavado, quiso dar nueva vida a este vocablo usándolo en una de sus narraciones novelescas.

En la época de la opulencia léxica de nuestra literatura, había profusión de vocablos para la expresión clara, variada, viva y donairosa. Empobrecida la lengua por una prematura decadencia o por el triunfo de un relamido excogitar de voces, centenares o millares de palabras pasaron de la vida que les daban los labios y la pluma, a reposar indefinidamente en las páginas muertas de los diccionarios.

Con el acabamiento de algunas cosas o algunas prácticas, es natural que fenecieran muchas palabras o combinaciones de ellas. Así,

bien muerta está la expresión *duelos y quebrantos*, que tantos y tales ha dado por mucho tiempo a los comentaristas del Quijote. Pero cuántos vocablos exactos, biensonantes, pintorescos y briosos no fueron arrastrados por la corriente lavadora o purificadora con que los pseudo-clásicos pretendieron acicalar y ennoblecer el idioma! Baste recordar que cuando se ofreció traducir del catalán la preciosa novelita de Narciso Oller "L' Escanya Pobres" se discutió larga y penosamente acerca de la equivalencia de este título en castellano. Se propusieron varias: "El Ahoga Pobres", "El Aprieta Pobres"; hasta que un crítico malhumorado recordó a los castellanos que existía el término equivalente al catalán *escanyar* en el antiguo *esgañar*; y así, hubo de traducirse aquel título "El Esgaña Pobres".

Digamos, pues, que no sólo en Costa Rica, sino en España también, conviene acrecentar el léxico restaurando multitud de voces que la incuria y la pereza han dejado sepultadas en el olvido o acogiendo con un criterio hospitalario, destituido de prejuicios, las palabras nuevas formadas con acatamiento de las leyes de la derivación castellana.

De lo que los costarricenses podemos estar orgullosos,—y a ello se refería principalmente el elogio del doctor Pérez Martín,—es de la claridad y relativa corrección con que articulamos las dicciones; en la parte fonética del idioma, el pueblo costarricense está hartamente bien. Pronuncia clara y distintamente todos los sonidos de las palabras: pocas son las que resultan mutiladas por una descuidada o perezosa pronunciación, a no ser en boca de los más zafios campesinos: el *pa* en vez de *para* y el *pal* o *pel* en lugar de *para el*, son vulgarismos sólo de los más atrasados lugareños costarricenses.

La articulación de la *d* es, en general, la suave o debilitada que prefieren fonetistas como Navarro Tomás. Es verdad que no son pocos los que la borran completamente en la terminación *ado* que se convierte casi siempre en *ao*; pero jamás dejamos de pronunciarla en la terminación *ido* convirtiendo esta desinencia de participio en *ío*: *veníó*, *teníó*, *perdíó*, defecto corriente en muchas regiones de habla española; y menos, pasamos a pronunciar *aa* o *á*, en vez de *ada*: *sentaa* o *sentá*, *naa* o *na*, *caa* o *ca*, en vez de *sentada*, *nada*, *cada*, como también corrientemente pronuncian muchos pueblos de nuestra casta. En cuanto a la *d* final: *virtud*, *verdad*, *usted*, la oscurecemos apenas en la pronunciación corriente; pero no la omitimos por completo, ni menos la convertimos en *s*, como también es frecuente en la misma España. Damos a la *r* y a la *rr* su valor justo, y así se oyen las palabras que tienen esta última con la energía que proporciona a los vocablos tal vibrante. Ni una ni otra pasan a ser guturales para nuestro pueblo. Tampoco guturalizamos jamás la *s*, defecto gravísimo muy común en la pronunciación de no pocas poblaciones hispanoamericanas, lo que asperiza y quita armonía a los términos que tienen esta consonante en posición inversa: *tenemoj*, *frejco*, *vamoj*. La aspiración de la *h*: *jacha*, *joyo*, *juir*, es reliquia de nuestros antepasados andaluces, que sólo se guarda ya en muy remotas aldeas.

De los dos valores que los fonetistas señalan para la *r*, el de *cs* y *gs*, preferimos el primero sin debilitar ni oscurecer la *c* fuerte, como es corriente aun entre personas de una cultura superior en España: *esamen*, *ésito*, por *examen*, *éxito*. Oscurecemos bastante el sonido de la *g* al final de la sílaba; pero no lo suprimimos, cosa constante en otros pueblos: *inorante*, *Inacio*, por *ignorante*, *Ignacio*.

Fuera de esto nuestra pronunciación es fácil, naturalísima, sin el tonillo, deajo o sonsonete especial y característico que se observa en otras regiones; y es que nuestra pronunciación, un tanto espaciosa, algo muelle, permite la articulación clara y distinta y el acento adecuado, sin exageración en intensidad ni en tiempo.

Recuerdo mi desconcierto cuando llegué a la Habana y oí el vocerío de los vendedores ambulantes que gritaban desaforadamente: "E Pae": fue tanta mi curiosidad por saber qué se pregonaba, que hube de preguntarlo a la culta ama de la casa en que me había instalado. Se trataba del pregón de uno de los principales diarios: "El País". Nuestros chicos gritadores habrían clamado a todo pulmón: "El País", trasponiendo el acento; pero nunca hubieran ahorrado las consonantes que faltan para que *E Pae* se convierta en *El País*.

Llego, pues, a la conclusión de que en Costa Rica tenemos lo fundamental para que el idioma castellano resplandezca con toda la belleza de sus dicciones, con su varia acentuación que tanta elegancia y música le da, con su admirable sonoridad y su vigor sorprendente. Lo que nos falta es lo que les sobró a aquellos grandes maestros: Lope, Tirso, Cervantes, Quevedo: el riquísimo vocabulario y la inspiración y el arte en las combinaciones para formar giros, frases o modismos en que desplegaron infinita variedad, maravillosa energía, inagotable donaire. ✓

*
* *

Tuvo don Jutso A. Facio los dones fundamentales del poeta, los que un crítico señala en Leopardi al colocarle en la familia de los maestros: el pensamiento, la lengua y el ritmo. También le convienen estos dos conceptos que se han aplicado al mismo poeta de Recanati: "Avasalla y se impone", "Quien le escucha le tiene, desde luego, por amigo".

Los diversos motivos que le impulsaron al canto le hicieron concebir altos y hermosos pensamientos que llegan a nosotros en alas de la palabra musical y se señorean de nuestra mente y la estimulan a viajar por las regiones de lo ideal, puro y luminoso, y así la ennoblecen y magnifican: "Avasalla y se impone".

Ya es el pensamiento del cantor que enaltece al héroe que dio la vida por la patria; que en arranque de cálido entusiasmo clama como ante una muchedumbre expectante, señalando el sacrificio ejemplificador:

"Cayó el valiente: su atrevida planta
al dardo cede del intruso odiado;
mas al rodar su cuerpo mutilado,
vencedora la patria se levanta".

Que es para mí la más bella estrofa que se haya escrito para la consagración y exaltación de nuestro héroe, incendiario sublime. No creo posible sintetizar mejor la acción de sacrificio y su eficacia redentora. Llega la estrofa a nuestra alma, y con el cuadro que fija en ella, deja la invitación a seguir, cuando el caso lo reclame, el bellissimo ejemplo de quien se abraza con la muerte para que la patria viva.

O bien asistimos a la contemplación dolorosa del contraste que forma el afán de elevarse que siente el poeta, de anegarse de luz, de magnificarse en las regiones de lo ideal sublime, con la impotencia para romper los lazos que le atan a la tierra, a la realidad mezquina, a la vida estrujada por las luchas humanas en que las armas no son siempre limpias y nobles. Éste afán y esta impotencia hacen que el poeta se nos presente

“con la mente en la cumbre del ensueño
y las plantas hundidas en la escoria”.

o le dicten:

“Yo tengo un alma con afán de cielo;
pero esclava sumisa de la tierra”.

Otras veces es el erotismo respetuoso y ensoñador, que convierte a la mujer en deidad, el que le sugiere delicados, cuasi inefables pensamientos, admirablemente vestidos por la expresión tan suave y vaporosa, que más que a los oídos, llega a las almas como divina caricia. Así, dice el poeta de su mente:

“Para ir a ti desata
sus vínculos de barro de la tierra”.

Y agrega dirigiéndose a la mujer a quien idealiza:

“Tú con tus alas de ángel atraviezas
por luminosas zonas el abismo”.

De este amor casto, idealizador, más poderoso a veces, siempre más tenaz y duradero que el impetuoso de la carne; surgen muchos versos de exquisita poesía:

“Oh virgen, tu lejano vislumbre de promesas
mis sienes acaricia con su ósculo bendito,
y cuando tiernamente mis secos labios besas,
siento en tus castos besos sabor de lo infinito”.

He aquí el triunfo del amor immaculado.

Siempre idealizó delicadamente el amor en sus mejores composiciones. De las tormentas pasionales generadas por el deseo imperioso de la posesión de una hermosura, tormentas que quizá le agitaron en el hervor de la juventud, poco o nada nos dice en sus versos.

En *Medallones* hay sincera admiración para los encantos de algunas mujeres; el poeta elogia con frase rítmica y galante las formas que cautivan los sentidos, la luz cegadora que despiden unos ojos, los senos de impecables líneas, las espaldas alabastrinas, los labios incltantes, las cabelleras magníficas; pero lo hace sin que se trasluzca que está interesado hondamente el corazón, sin denunciar esclavitud que impida la apreciación deleitosa y serena de las perfecciones que reconoce y encomia. Son flores, imágenes que a veces recuerdan lejamente las del Cantar de los Cantares, en elogio de la amada; pero el corazón del amado queda libre: admira; pero no se entrega. Este varón fuerte no nació para languidecer en las arterias de Dalila ni para hilar a los pies de Onfalia. A este grupo de composiciones, serena y desinteresadamente elogiadoras de la belleza plástica, pertenece la titulada *Mármol Griego*, tan conocida y con tanta razón admirada y aplaudida por los que de belleza artística entienden.

Hay, sí, un soneto magnífico que quizás responda a alguna decepción amorosa del poeta, a alguna ansia que no pudo superar el corazón, y mandó a los labios como un grito angustioso, el reconocimiento de su impotencia; y esta palabra es, precisamente, el título de esta joya poética, admirable expresión de un estado de alma, mezcla de rebeldía, de queja y de resignación. Comienza así:

“Declina tu actitud batalladora,
enfermo corazón, ya estás vencido;
ya es inútil la lucha, ya el olvido
más negro que la tumba te devora”.

La terminación es grito de dolorosa poesía:

“Que en medio de tu frágil existencia,
oh corazón de miserable arcilla,
es grande solamente tu impotencia!”

La musa de las lágrimas, de la elegía sentida y doliente, le visitó con frecuencia: noble y severa, al abrir en sus ojos las fuentes del llanto, puso en sus labios flébiles acentos conmovedores. El adiós eterno de los seres queridos despierta en el alma del poeta, con la pena honda y punzadora, los recuerdos y las reflexiones, aviva la llama del amor; la separación que rompe los lazos materiales hace más apretado el nudo que junta las almas; la soledad, el vacío del que se queda en el mundo le inclinan a la meditación, a la retrospectación; el pecho siente otras heridas que se renuevan, y el sér se abisma en la contemplación de la dicha pasada, tan fugaz y transitoria, y en el dilatado imperio del dolor.

A veces lo indestructible de la materia, sus cambios que el poeta ve en infinita cadena de formas, le llevan momentáneamente a un materialismo que recuerda el del infortunado vate mejicano Manuel Acuña.

Véase la elegía a la muerte del padre:

“Ese genio bendito que derrumba
con mano bienhechora,
de los mismos despojos de la tumba
primavera magnífica elabora”.

“De cuantos seres la natura encierra
el tributo recibe,
y con la madre, la fecunda tierra,
allí en amores eternos vive”.

“Yo sé que pronto lucirá vistosa
en el aire sereno,
desplegando sus pétalos, la rosa
fecundada por ellos en su seno”.

“Que tal vez en el éter que respiro
de la flor en la esencia,
los impalpables átomos aspiro
que de nuevo difunde tu existencia”.

Pero acaso es todo materia? Contra esto se rebela el generoso y potente espiritualismo del poeta que como en sublime reacción exclama, apartando la vista de estas mutaciones materiales:

“Mas nada son al triste pensamiento
esos ocultos lazos,
si no escucho tu voz, si ya no siento
el nudo y el calor de tus abrazos”.

Y señala para el padre augusto:

“el camino de angélica morada”

hacia donde

“por la altura su espíritu se aleja”.

Las elegías escritas por don Justo A. Facio, reunidas con el título *Crespones* forma una de las partes más bellas de su obra poética. Tienen diversos motivos: la muerte del padre venerado que mientras vivió fue con su cariño y su consejo, sostén y arrimo; la hjita que muere cuando sus voces de cristal apenas han comenzado a encantar los oídos y los corazones; el poeta que deja viuda a la Musa, la que salva de los despojos del sepulcro la lira del amado; la niña primorosa que apenas puesto el pie en el umbral de la vida, salta al coro angelical dejando llanto y dolor en el hogar; la invitación para la compañera a

contemplar los yerinos campos del dolor y de la ruina y a meditar sobre ellos. Todo es aquí sentido, de infinita ternura, de lágrimas sinceras.

De la niña que se aniquila como flor mustia y pálida, dice:

“Mas no penséis que de sus tintas rojas
renacerá el encanto,
aunque reguéis sus macilentas hojas
con abundante llanto”.

De algo muerto en su corazón dice el poeta a la mujer amada:

“Oh ¡ Ven, mi compañera,
mira el campo marchito,
y cómo el manto de la noche cubre
el mundo muerto con sudario frío”.

Después de señalar todo lo mustio y doliente que hay en ese campo de desolación, agrega:

“Baja la frente triste,
asómate al abismo...
y aquí en mi corazón, oh mi adorada,
mira el cuadro sombrío”.

Final digno de Bécquer en sus mejores rimas.

En el terceto último del soneto rotulado *Virginia* (marco negro), nos llegan al corazón los gritos desgarradores con que se lamenta el poeta por la pérdida de la hija idolatrada:

“Duerme ¡ la niña con penoso encanto,
y tan dormida está, que no despierta
ni al gemido dantesco de mi llanto”.

Qué admirable contraste forma esta queja con el final del otro soneto (marco dorado) que completa el bellissimo díptico de *Virginia!*:

“Canta y se agita con vivaz despejo,
y en medio de su risa tumultuaria,
retoza en ella el infantil gracejo”.

En los últimos años del poeta el dolor, al clavarle terrible dardo en el alma, le dio asunto y ocasión para la más bella y sollozante de sus elegías. La muerte de la nieta, sol y estrella para el abuelo, le sume en tinieblas profundas; busca en su propia alma, en el santuario del recuerdo, la imagen angélica y el acento gorjeador, y cree que es realidad externa esa imagen y ese acento:

“Oigo aquí cerca
de mí una voz
que me había enternecido con susurro,
mezcla de llamamiento y oración”.

“Es ella que me llama
con frase familiar
para decirme dulcemente: “Abuelo,
yo estoy en dondequiera que tú estás”.

“Eres tú. ¿Quién lo duda?
que bajas hasta mí,
al ver, compadecida, mis hombros agitados
por impulsos celestes de subir, de subir”.

Bajo el título de *Bronces* reunió nuestro poeta seis sonetos dedicados a expresar su inmensa admiración y reverencia para algunos de los genios que ha tenido la humanidad, creadores de sublime belleza o guías de pueblos, fundadores de cosas grandes y trascendentales.

Admirar a los genios es siempre un principio o un signo de grandeza. Sus producciones altísimas, sus acciones de pasmosa fuerza bienhechora sólo pueden ser comprendidas de las almas bien preparadas por sus facultades iniciales y por el estudio de todo lo noble y magnífico que ha sido propulsor del mejoramiento humano.

El señor Facio tenía el alma bien preparada para comprender a los genios y para conversar con ellos: en la mente y en el pecho llevaba mucho de su fuego y de su luz.

Corta es, ciertamente, la galería de estos varones eminentes en la obra de nuestro poeta: son sus héroes; nos habla de ellos como Carlyle nos presenta los suyos: Dante, César, Colón, Cervantes, Moisés, San Juan, tienen sendas estatuas labradas con el material de la palabra, más persistente y duradero que el mármol, al decir del gran elogiador de los luchadores griegos, del lírico de Tebas. Citaré algo de estos sonetos: algunos recuerdan bien la manera sobria, limpia y sugerente del autor de *Los Trofeos*.

Del titulado *Dante*:

“El rudo estigma de tu enojo ciego
la frente de los réprobos abrasa
con resonantes cláusulas de fuego;
pero más bienhechor y más fecundo
el tierno acento de tu amor aun pasa
como un hálito de ángel sobre el mundo”.

De *César*:

“Cruza las aguas del sagrado río
bajo el móvil dosel de su bandera
que agita el huracán de la victoria”.

Final del dedicado a *Colón*:

“Es un mendigo que parece un mago”.

De *Moisés*:

“Hay en sus ojos brillos de tormenta,
y parece que viene de sus labios
un soplo retumbante del desierto”.

El poder descriptivo o pictórico del poeta está patentizado en varias partes de su obra: principalmente en los dos romances titulados *La Aurora y La Mañana* y *La Tarde y La Noche*.

He aquí un pintor minucioso a quien no se escapa ningún detalle; traslada a su cuadro hasta el más pequeño, como si fuera esencial en él. Así, se detiene a pintarnos con verdadera delectación todos los efectos y juegos de la luz en esos ratos precursores del comienzo o del acabamiento del día; todos los encajes primorosos que fingen las nubes en el fondo celeste, todas las tonalidades del rojo, del oro y del azul; todas las fantásticas figuras, alcázares, pórticos, calados y arabescas bordaduras que la imaginación del poeta ve en los cirros, nimbos y cúmulos que la lumbre solar de oriente o de occidente ilumina y colora.

En estas descripciones la misma exuberancia de la fantasía, la multitud de ideas que acuden a la mente del poeta, le hacen quizá prolijo y algo difuso. En verdad, el poeta describe, no la realidad exterior, sino lo que ve en su imaginación, que todo lo realza y avalora. Pero, ¿acaso alguna vez ha sido posible que la palabra sea el reflejo que retrate fielmente la realidad exterior? ¿Es posible, por ventura, la genuina poesía objetiva? No; el poeta jamás podrá eclipsar o borrar su personalidad; jamás podrá ser impasible, frío y exacto reproductor de un mundo que pueda él llamar su *no yo*.

Toda descripción de ese mundo se convertirá siempre en realidad subjetiva, y así aparecerá en la composición artística.

Nos maravilla en estas pinturas la ficción por la cual tan bellamente personifica el poeta *La Mañana*, *La Tarde*, *La Noche* y *La Naturaleza*, y les señala sus atavíos y les atribuye acciones y cualidades que nos parecen reales al contagiarnos el poeta de su manera de sentir y apreciar las cosas. Pero más que todo esto nos cautivan y suscitan nuestra simpatía y nuestro aplauso, los rasgos resueltamente subjetivos en que el poeta nos habla de sí, de los anhelos sugeridos en su alma por el espectáculo solemne de la noche, cuando el mundo se abisma en la sombra, y el silencio y quietud de la naturaleza parecen invitarnos a un descanso y a una paz inefables. Entonces hay en nuestro poeta como un soplo del alma mística de Fray Luis de León. Entonces exclama:

“Oh grandeza de lo eterno,
oh quietud de lo insondable,
yo quiero, bajo la noche,
en vuestro seno abismarme,
y que hagáis cuando yo muera
mis humildes funerales”.

He aquí al poeta "a quien no podemos escuchar sin llamarle amigo".

He dejado para lo último el hablar de la composición que juzgo más trascendental del señor Facio, de la titulada *Werther*.

Dicen que la novela de Goethe fue su libertadora del suicidio, fue genial desahogo en que acertó a volcar toda la amargura y congoja que ensombrecían su alma; en ella descargó toda la borrasca espantosa que desató en su vida una pasión contrariada por los imperiosos mandatos de la Ética humana; y serenándose así el mar de su existencia, evitó el naufragio moral que le amagaba.

Dícese también que la lectura de *Werther* puso de moda el suicidio; acertó a pintar tan redentora y bella la muerte, tan tranquilo y apacible su regazo acogedor y amoroso, que fueron muchos los que siguieron el ejemplo de aquel héroe del suicidio. Pero, los que siguieron este ejemplo, ¿estaban en el caso de Werther? Considérese que éste se acoge al terrible extremo cuando tiene la seguridad del amor de Carlota, cuando ha sentido en los labios y en el corazón, con los besos ardientes de ella, la grandeza del amor de tal mujer y la inmensidad de su sacrificio, puesto que el deber y la virtud tenían en su alma el más hondo y firme arraigo. Después de esa seguridad cuya gloria inefable llenaba el alma de Werther, ¿qué otra grandeza podría éste buscar, sino la infinita, la de la nada, para abismar en ella eternamente la dicha de su amor incomparable y el dolor inmenso de la sima moral que lo separa de la amada? ¡Sólo hundiéndose en el abismo de la muerte pudo hacer Werther ciertas sus palabras: "Ella es mía... Eres mía, Carlota; mía para siempre! Todo pasa; pero aun una eternidad no podría extinguir la llama que recogí ayer de tus labios y que siento en mí".

Hay en la composición poética de Facio sobre Werther algo del misterioso sentir del héroe acerca de la muerte, la trepidación de temor por la rigidez e inmovilidad que le esperan en la tumba, la duda sobre la verdadera significación de la barrera de la vida: "Soñamos cuando hablamos de la muerte"—dice Werther:—y en su visión final: "La proximidad de la tumba es para mí una nueva luz: nos volveremos a ver".

El poeta costarricense aplica la psicología de Werther a su propio espíritu en momentos de angustia o desesperación, y las estrofas en que esto se expresa son las que verdaderamente nos interesan porque por ellas penetramos en el alma de nuestro vate y no en la de Werther: vemos cómo se difunde en aquélla el bálsamo que le proporciona el apasionado amante de Carlota. Lo expresa así:

"Cuando tus pesadumbres con ansia viva
en mis hondas angustias de lejos sigo,
tú con voz sin engaños y compasiva,
parece que me dices: "Yo soy tu amigo".

Y en cuanto a la apreciación por el poeta del sentir de Werther, hay algunas estrofas de superior belleza por la manera honda y sutil de reflejar algunos momentos del alma de aquel personaje:

“Deshojada la rosa de casto ensueño,
en silencio que finge triste bonanza,
desechas con orgullo, porque es pequeño,
el placer enfermizo de la esperanza”.

He hablado de algunas composiciones poéticas del señor Facio. Apenas he podido dedicar ligera apreciación a cada una; el analizarlas con el detenimiento que merecen y reclaman por el pensamiento, por las imágenes y por el arte exquisito que en ellas campea, sería una tarea imposible de cumplir en esta ocasión; sería asunto para un libro en que uno contara, con frase afectuosa y delicada, “las aventuras del alma en medio de esta obra poética”.

En un estudio completo acerca de don Justo A. Facio también habría que aquilatar el trascendental valor de sus artículos en prosa. El señor Facio no se sirvió de esa forma de expresión—correctísima en él, de admirable armonía y cristalina transparencia—para obras de índole puramente literaria. Su prosa es de combate, y sus capitales luchas fueron libradas en pro de la cultura nacional, y ya esto nos dice de su nobleza. Fue esforzado y recio paladín de esa cultura. Cada vez que vio en alguna forma amenazadas las fuentes o los medios por los cuales se mantiene y se acrecienta, noblemente se sintió retado; y no rehuyó el combate: lo mantuvo con las mejores armas y con inagotables fuerzas: con las armas del saber y con las fuerzas que infunden el amor y el entusiasmo por una causa que se considera santa.

No escatimó en sus polémicas la frase acerada y ruda. La ira y la indignación se levantaron en su pecho por la incomprensión de algunos y por el desdén de otros, acerca de los problemas que él juzgó de vital importancia para la patria: los de la escuela y del colegio. Y el lenguaje de la ira noble y de la indignación justa no puede ser apacible. Recordemos que aquel suave y delicado Milton, fué uno en sus poemas y otro en su prosa combatiente; que la señorita Milton, como le llamaron en el colegio, supo convertirse en león rugidor, cuando la pasión política, social o religiosa le hacía salir de su serenidad y delicadeza, para fulminar rayos y desatar tormentas sobre sus enemigos.

Cese aquí esta disertación. Harto os habré fatigado con mis frases que hubiera querido de oro para que fueran dignas de vuestra acogida. Ellas no lo son; pero os aseguro que sí es de oro de buena ley mi gratitud, ahora acrecentada por vuestra bondadosísima atención.